

varas de largo, sobre la cabeza, murmurando mentalmente alguna oracion. Ignoro qué significará esta ceremonia.

Como era mas de medio dia y estábamos rendidos Pina y yo por el dilatísimo paseo que habíamos hecho, analizando y admirando las riquezas artísticas de la Basilica, salimos de ella y nos dirigimos á comer á una de las fondas de la Plaza de la Aduana.

Es tiempo ya de terminar la operacion de escribir, porque esta carta ha sido bien larga y debe cansarte su lectura. En la siguiente te hare la relacion de algunas iglesias mas que visite mañana, así como de otros objetos diferentes para que mi carta tenga alguna variedad y no resulte monótona con el contenido de una sola materia. Adios.

Roma, Octubre 24 de 1868.

ESTIMABLE MARIA:

Hace seis dias apenas que te escribí hablándote de mis impresiones sobre la visita que hice á la Basilica de San Pedro, acompañado de mi amigo Pina; ahora, que son las diez de la noche, aunque estoy un poco cansado por lo que anduve hoy, deseo reanudar mis noticias para que no carezcas de ellas mucho tiempo y tenerte al tanto de lo que vea en Roma, para obsequiar el encargo especial que me hiciste al separarnos de que te transmitiera, sin una

larga interrupcion, todo lo que atañe á esta parte de Europa, que es la que mas te ha interesado siempre como artista y por las grandezas que de ella has leído y escuchado referir.

Para ser fiel en el cumplimiento de tu encargo, comenzaré diciendo: que despues de la comida que hicimos el día de la visita á San Pedro, descansamos un poco miéntras que minoraba el calor, y nos pusimos á charlar sobre varias cosas: una de ellas fué manifestarle á Pina la idea que tenia yo de marchar á Paris para radicarme allí, porque Roma no me agradaba como ciudad, ni por las costumbres de sus habitantes, ni por los demás inconvenientes que dejo apuntados en mi anterior carta del 18 del presente.

Cuando terminé mi proposicion, Pina me dijo que sería la mayor calaverada que podia yo hacer, separándome de Roma, ya que estaba en ella y cuando era una ciudad que se reputaba con justicia el emporio del arte, por sus recuerdos históricos consignados en las

mismas ruinas, la presencia de las reliquias del arte antiguo, los muchos elementos de todo género que facilitaban la adquisicion de conocimientos artísticos, y que por lo mismo el viaje á Roma era indispensable para los artistas de todas las naciones: que aunque en sus países tenian recursos para formarse, siempre eran incompletos en comparacion de los que ofrecia esta ciudad, y por lo mismo venian á ella para darse la última mano, y continuaba diciendo: Una de las cosas que hace adelantar en Roma inmensamente, es la reunion de los artistas mas notables de todo el mundo; porque su contacto y su ejemplo contribuyen poderosamente á que los que vienen aquí adelanten y se perfeccionen. En Roma, añadía, se respira una atmósfera de arte en sus monumentos, en sus ruinas, en el gran número de artistas en todos los ramos que se hallan en la ciudad, en el sinnúmero de estudios ó locales que se adquieren con facilidad y á poco costo, en los centenares de modelos de ambos sex^o de

diversos caracteres y edades que facilitan la confeccion de la obra mas grande y mas clásica que se emprenda, diversamente de lo que pasa fuera de Roma (exceptuando Paris) en donde se dejan de emprender asuntos históricos ó de otro género por falta de modelos ó carencia de localidades que no reunen las condiciones indispensables para poder ejecutar una obra de arte, y el artista esteriliza entónces su genio y queda con los brazos cruzados. Por último, hasta la tranquilidad y poco movimiento de esta ciudad, favorecen el adelanto y no hay esas mil distracciones de Paris, que siempre enervan un poco, por mas que un artista sea dedicado.

Al escuchar á Pina me sentí animado á permanecer en Roma, y cuando él notó mi decision, como para dar el último golpe, dijo:

—Dígame usted, Gutierrez, ¿conoce usted bien á Roma? ¿ha visitado todos los museos que encierran todas las preciosidades del arte, que es otro de los

elementos que constituyen el gran adelanto de los artistas?

—En Paris, dije yo, está el Louvre, el Luxembourg, Versailles.

—Sí, me interrumpió Pina; pero esos museos juntos no guardan todos lo que los de Roma. Allí se ven pocas obras de Rafael, de Miguel Angelo y de otros muchos artistas privativos de ciertos templos y lugares, las que sólo se conocen aquí. Esos palacios tiznados y mugrosos y otra porcion de edificios cubiertos con el velo de la suciedad, de que usted me habla, encierran tesoros de arte que es necesario ir escudriñando con el tiempo. Roma, ciertamente, causa mala impresion al que por primera vez viene á ella, por su falta de policía y limpieza; pero un poco mas tarde, cuando sean conocidas sus ventajas, acaba uno por hallarse bien.

—Mas adelante que conozca usted los estudios de los artistas, que éntre usted en su círculo y que comience á engolfarse en el arte, entónces no querrá usted salir de Roma; entónces verá

Asuncion, del Ticiano, y el San Gerónimo, del Corregio.

La entonacion de este notable cuadro, está en armonía con el asunto que representa, manifestando al mismo tiempo la hora crepuscular en que los Varones Santos bajan al Cristo de la cruz y, al irlo á recibir la dolorida madre en sus brazos, se desmaya en los de una de las Marías.

El escorzo exánime de la Dolorosa es perfecto, que corre en perspectiva hasta los piés, así como la figura del Cristo está descoyuntada y su anatomía irreprochable, agrupando perfectamente con todos los personajes que asisten á la escena.

Largo tiempo contemplamos este bello cuadro, llamándonos Pina y yo la atención sobre las diversas cualidades de él, elogiándolas y ponderando su belleza.

Cuando hubimos terminado el examen del templo, salimos á la calle y nos dirigimos al paseo del Pincio; pero al ir pasando frente á la Academia de

Francia, me propuso Pina entrar un momento á ella para conocer interiormente el edificio y penetrar á algunas de sus galerías.

Efectivamente, si la fachada de este establecimiento es majestuosa y tiene la doble ventaja de dominar el panorama de la ciudad desde la puerta principal, y de tener al frente la avenida grandes árboles que conduce al paseo, el interior es mas suntuoso, porque al penetrar al patio se halla uno bajo un majestuoso peristilo, ornado de bellas columnas con leones de mármol blanco al pié de sus basas; se sigue de costado ó de frente y en ellos están las puertas de las diferentes galerías; la de cuadros de los pensionados, las estatuas de yeso vaciadas de los originales griegos y romanos; un buen número de bustos y cabezas, piés y manos que sirven para el estudio, y finalmente, la escalera que conduce á las habitaciones del Director y los pensionados franceses, además de los estudios que cada uno tiene para trabajar.

Cuando yo ví todas estas comodidades, no pude ménos de experimentar un sentimiento de envidia por el bien-estar que disfrutaban allí esos jóvenes artistas, pues la munificencia de us Gobierno les proporcionaba un local tan espléndido y dilatado, porque, además de la habitación, el estudio y los alimentos, tenían un lindo jardín y un trozo agreste de campo á la espalda del edificio para poder estudiar allí la naturaleza rústica y tomar fondos para sus cuadros.

Muy diversa es la situación de los pensionados franceses, que están como en su misma patria, rodeados de todos los elementos para vivir y estudiar; de la de los demás pensionados de otras naciones que con cincuenta pesos que les pasan sus gobiernos, viven y se procuran recursos de estudio; habiendo algunos como españoles, que vienen pensionados á Roma por sus municipalidades con una pobre pensión apenas de veinticinco ó treinta pesos que no les alcanza ni pa-

ra vivir y ménos para pagar modelos y comprar útiles.

—Admírese usted, me decia Pina: este palacio perteneció á ellos y cometieron la simpleza de venderlo á los franceses. . . . adivine usted en cuánto.

—Lo ménos seria en doscientos mil pesos.

—¡Cá! en la miseria de catorce mil pesos.

--Hombre, qué Gobiernos! Con razon los nuestros son tan desatarlatados tambien, pues han aprendido esas barbaridades de los de España.

—Así son las cosas: agregue usted, además, que tanto los pensionados españoles como los de las repúblicas hispano-americanas, reciben su pensión y como no tienen experiencia ó son callaveras, ántes de terminar el mes ya no tienen un centavo, y ahí tiene usted las apuraciones y las faltas al estudio.

—Bueno sería, agregué yo, que así como hay aquí un colegio americano en la plaza de la Minerva, en el que se educan clérigos, hubiera una academia ame-

ricana ó universal para que se albergaran y estudiaran los pensionados extranjeros y no se extraviaran unos, ni perdieran otros su tiempo.

En esta conversacion recorrimos las salas de la Academia y á poco salimos para dirigirnos al paseo.

Dimos algunas vueltas mirando, cuando nos acercábamos á la barda, los diversos panoramas que se disfrutaban; al fin nos sentamos frente á la fuente de Moisés, con el designio de escuchar algunas piezas que ejecutaba la música militar que estaba allí á pocos pasos.

Puse mucho cuidado á la ejecucion de aquellas, á su precision y al buen gusto de su arreglo, y me alegré infinito al recordar y comparar nuestras músicas militares, que tal vez eran tan buenas y tan bien organizadas como las italianas; encontraba yo la misma ejecucion y gusto, y sobre todo, esa simultaneidad y precision del conjunto que hace tan recomendable una orquesta ó una música de viento.

Cuando fué de noche, nos fuimos á

comer y, poco despues, me propuso Pina concurrir al teatro Capránico, en el que se daba la ópera "El Compare é la Comare."

Admití con gusto, porque esa ópera me agradó sobremanera cuando la ví ejecutar por primera vez en Guanajuato, y, ademas, deseaba tambien conocer el teatro Capránico, que es uno de los de tercer órden en Roma.

Penetramos, y no encontré en el referido teatro cosa alguna extraordinaria que me llamara la atencion; tal vez era inferior á nuestro teatro Arbeu.

La compañía era regular y desempeñó bien la partitura, especialmente el viejo Compare, que es muy gracioso, y un bajo caricato de algun mérito.

La concurrencia, casi en general, se componia de la clase média, en la que ví lindas jóvenes romanas que semejabán mucho á las estatuas; concurrieron tambien, aunque pocas, familias de la aristocracia, porque esa noche trabajaba una compañía en el Teatro Apolo, dando la ópera "Macbeth" y en ese tea-

tro se dan cita las principales familias romanas.

Te contaré una singularidad que me agradó en el orden de los asientos del patio, que no lo he visto en otra parte, y era bueno que en México se adoptara, y es: que desde la primera fila de bancas junto á la orquesta, hasta la entrada del patio, en la calle del centro, á derecha é izquierda, están anotadas en sus extremos con letras en orden alfabético y de ahí siguen trasversalmente los números en la fila de asientos, de manera que así, el concurrente halla su asiento fácilmente por medio de la letra. Ve, por ejemplo, el boleto que dice «A derecha, número 8» ó «L izquierda, número 15,» y como las dos AA están al entrar al patio, elije la que le corresponde y penetra por esa banca á tomar su asiento sin necesidad de acomodador ni de ese batiboleo y desorden que se produce generalmente al alzarse el telon ó ya levantado, molestando á los que están ya acomodados en su sitio.

Es inútil que yo te diga que he conocido ya los demás teatros principales, supuesto que llevo ya algunos días de estar en Roma: de ellos te hablaré después, porque ahora deseo hablarte de una circunstancia que recuerdo en este momento y quiero consignar ántes que se me olvide, y es la siguiente: que los días festivos en Roma, son lo mismo ó peor que en Lóndres, por no haber diversiones; pero en esta última, siquiera se encierran las familias á leer la Biblia, van á los templos, en donde oyen tocar órganos bellísimos, muy bien y se ejecutan himnos ó piezas de canto selectas también, por magníficos cantantes; mas en Roma, en la noche, ¿qué es lo que se hace, especialmente un pobre extranjero que no tiene relaciones, y aunque las tenga, el domingo tal vez no es noche de recibir en la casa que él visita, porque ya se sabe que en Europa se observa con rigor esta costumbre? ¿Qué hace, pues, el día de fiesta? Vagar de aquí para allá, fastidiarse é

irse á meter en la cama aunque no tenga sueño.

Yo le preguntaba amostazado á Manuel, en una de estas noches empalagosas, ¿qué demonios pasa en Roma que los teatros tienen cerradas sus puertas y no hay una sola parte donde haya alguna diversion en donde pasar la noche? El me contestaba; "que era una costumbre que habian establecido los papas desde tiempo inmemorial para honrar el aniversario del santo deldia." Reniego de la tal costumbre, decia yo, que acaso es contraproducente para honrar al santo metiéndose á las tabernas ú otras casas *non sanctas* para pasar el tiempo. En fin, yo tenia que conformarme ó no con la dichosa costumbre ó prohibicion, porque al fin estaba yo en una ciudad en donde todo debia oler á incensario, rezando el rosario una pandilla de vigardones que despues iban á las tabernas á empinar el codo y á otras prácticas caidas ya en desuso en las demás naciones, porque al fin Roma era

la sede del catolicismo y allí residia el Jefe de la Iglesia.

En fin, despues de terminar la representacion del "Compare é la Comare," salimos del teatro y nos dirigimos al café Greco, en donde se reúne la colonia española y americana las más noches, y está situado cerca de la plaza de España, para tomar café ó un refresco ántes de separarnos.

Allí nos encontramos á Cázares, Jimenez, Villegas y Tusquets, que ya yo conocia, y Pina me presentó á otros que llegaban tambien á esa misma hora, los que nos invitaron á tomar alguna cosa; yo acepté un helado y mi compañero una taza de chocolate; despues de una corta conversacion, tratamos de separarnos porque eran ya mas de las doce de la noche.

Y.... ¡mira qué casualidad, María! al escribir en este momento la palabra doce, suena en el reloj de la sala la misma hora, como anunciándome que es muy tarde y debo dejar la pluma;

aprovecho esta coincidencia, me voy á acostar para encontrarme fuerte mañana y poder seguir mi visita á los demás lugares notables de la ciudad.

Adios, amiga mia.

Roma, Octubre 30 de 1868.

MARIA QUERIDA:

Hoy, que es víspera de correo, tomo la pluma para enviarte por el próximo vapor las impresiones que he recibido en estos días á la vista de los nuevos objetos que se me han presentado, yendo en union de mi amigo Pina, y otras veces con Manuel, que ambos me han servido eficazmente para adquirir noticias históricas de los monumentos antiguos y modernos; igualmente, en los ratos desocupados, he hojeado la historia de Roma para darte nociones exac.